

Franco Vaccarini

Los ojos de la iguana

Ilustraciones de María Laura Dedé



Dedicatorias y agradecimientos

Dedico este libro a la chica que conocí en aquel viejo,
viejísimo tren: Mechi.

Y a quienes vinieron después: Valentina y Camila.

Agradezco a Hebe Uhart, que enseña como si nada,
que escribe como nadie.

Y a la gran Adela Basch, que descubrió
que yo no era invisible.

En el mismo sentido, a René Daumal:
La puerta a lo invisible ha de ser visible.

A mi hermana María Alicia,
a Mario y a Grubi,
por ayudarme a revisar y corregir
esta reedición de mi primera novela
en su nueva editorial.

1

Un regalo diferente

La ciudad de Curanto era el lugar más apacible del mundo, un mundo de cien mil almas que mantenía la costumbre de la sobremesa, la siesta, el ocio reflexivo del crepúsculo. En Curanto no había bosques maravillosos, ni magos, ni criaturas sobrenaturales.

Si seres de otro mundo invadieran la Tierra, conquistarían África, París, el desierto de Kara Kum o Montevideo, pero jamás llegarían a Curanto. En Curanto no había lugar para hechos que no fueran probadamente reales. Tan reales como aquella casa con techo de pizarras negras, jardín al frente y otro más amplio al fondo, donde vivía Juanse.

Ya había amanecido y Juanse se despabilaba entre las sábanas gracias a los ruidos que provenían de una caja de cartón puesta a los pies de la cama. Allí estaba ella, Raech; su nueva y extraña mascota.

Abrió la caja y le acarició la cresta, áspera, escamada; que le daba ese aspecto majestuoso. Era una criatura con un linaje que provenía del remoto Pleistoceno, pariente de los dinosaurios y con mejor suerte en la tarea de sobrevivirlos.

Juanse sintió, al tocarla, una súbita inspiración: ¡Qué gran oportunidad para vengarse de su hermana!

Tomó la caja como pudo y caminó descalzo hasta el cuarto. Carla dormía con una respiración suave, profunda. Parecía un ángel, un ángel que mantenía la ropa doblada, las carpetas de la escuela sobre el escritorio, y, en fin, cada cosa en su lugar. Pero Juanse no creía en las apariencias: era su hermana y tenía su lado oscuro –y él lo conocía muy bien–.

–Adiós, bella durmiente. Pronto te besaré el príncipe... ¡y despertarás!

Volvió a su habitación, dejó la caja vacía, se cambió y bajó a los saltos por la escalera.

Mamá Celia ya había exprimido media docena de naranjas, tenía pan tostándose, una jarra de leche tibia, y café colombiano listo para servir que olía como los dioses. Cereales, queso untable y torta de crema esperaban sobre la mesada. A la vista de ese banquete, la voluminosa humanidad de su padre trajinaba en la bicicleta fija –la cocina era amplia y se aburría haciendo ejercicio solo en la terraza–. Don Antonio había declarado la guerra a su abdomen, pero el problema es que las batallas le abrían el apetito.

–¡Buen día! ¡Ufff!... Juanse, ¿te gustó tu... ¡uff!... fiesta de cumpleaños?

–Sí, pa, me encantó, aunque estoy muerto de sed.

Se bebió, de un sorbo, un vaso de jugo de naranjas.

–Comiste muchos dulces, por eso la sed –afirmó Celia.

La noche anterior la casa había sido un hervidero de amigos que festejaban los once años de Juanse. Todavía quedaban algunos vasos sucios en lugares insólitos, entre los estantes de la biblioteca o sobre el equipo de música.

Juanse tomó por sí mismo una bandeja, acarició a Momo, el gato, que dormitaba sobre una silla y se dedicó a desayunar. Sabía que algo estaba por ocurrir.

El grito desgarrador de Carla no lo defraudó en absoluto.

En segundos, Carla apareció por la escalera con la expresión de haberse enfrentado cara a cara con el mismo Satanás.

–¿Qué sucede, hijita, por Dios? –preguntó Celia.

–La, la... ¡la asquerosa iguana está en mi cama!

Juanse, con aire distraído, mordisqueaba una porción de torta.

–¡Él puso la iguana en mi cuarto! –acusó Carla.

–¡Uh, se escapó de la caja! –fingió Juanse.

Corrió al cuarto de Carla para encontrarse con Raech, la joven iguana verde que reposaba sobre las sábanas aún tibias.

–Hiciste un buen trabajo, Raech –susurró al animal.

Luego bajó a la cocina con el reptil entre sus brazos.

–Suficiente, comprendí todo –dictaminó su padre.
Y agregó:

–Creo que al pasillo le hace falta una barrida.

Juanse depositó al animal en el piso y asumió su castigo sin protestas.

Raech movió la cabeza a ambos lados y, al ver a Juanse alejarse, lo siguió.

–Tiene su simpatía ¿verdad? Y ya sabe quien es su amo en esta casa –opinó Celia.

–Si ese bicho se no va... ¡me mudo a un orfanato! –amenazó Carla.

Juanse barría satisfecho el pasillo, al borde del jardín: el sol y el bálsamo del laurel no lo reconfortaban tanto como la venganza.

Carla era una bromista vocacional y no se detuvo ni en su fiesta de cumpleaños, cuando lo invitó a beber “una gaseosa” que, en realidad, era café frío y amargo; lo escupió instintivamente... y salpicó el vestido de la chica más linda de la fiesta. Su vergüenza no tuvo retorno.

Ahora estaban a mano, y sólo si olvidaba el asunto del telescopio.

Carla, sabiendo que Juanse estaba fascinado con el aparato, regalo de Navidad, no perdía oportunidad de burlarse.

–Regalo ideal para un lunático –le decía.

Pero Juanse no era un lunático, sino un aprendiz de astrónomo.

Cierta vez, mientras exploraba la Gran Mancha Roja de Júpiter, la lente se oscureció; recién al escuchar las risas de Carla, supo que era “la broma del paño negro sobre la lente”. Ella siempre inventaba algo para reírse a su costa.

Mientras barría las hojas de la Santa Rita, sonó el timbre de calle.

Allí estaba su amigo Andrés, vecino y compañero de curso en el Colegio.

Andrés era alto para su edad, delgado y pálido como un vampiro, características que acentuaba con ropas oscuras y un humor taciturno. La noche anterior se presentó en la fiesta de cumpleaños con el reptil de casi medio metro de largo, lo que provocó histeria entre los invitados. Una de las chicas se fue de la fiesta con un ataque de nervios y Juanse, sorprendido por la audacia de su amigo, pero a la vez fascinado por la mascota, optó por alojarla en su cuarto y así evitar nuevas deserciones.



Andrés se amparó diciendo que la nueva moda era regalar iguanas. Pero eso fue una mentira y temía por la adaptación del animal.

–¿Cómo pasó la noche Raech? –consultó.

–Bien. Durmió en la caja, asustó a Carla y se merece un buen desayuno. El problema es que no tengo idea de qué cosa darle para comer.

Justo en ese momento apareció Carla. Andrés enrojeció –odiaba esa reacción de su cuerpo ante la presencia de la hermana de su amigo–, pero pudo aclarar que el animal era omnívoro.

–¿Omni qué? –se alarmó Juanse.

–Omnívoro, tonto –intercedió Carla–. Quiere decir que come de todo. Que incluso podría comerte mientras dormís.

Juanse no tuvo tiempo de contestar: los interrumpió una serie de maullidos feroces. Detrás de una maceta, vieron a Momo con los pelos erizados: había observado a Raech devorarse una fila de hormigas en un rápido movimiento de lengua, y esta conducta de la intrusa lo alteró por completo.

–¿Lo ves? Nos costará acostumbrarnos a su presencia –opinó Juanse.

–Pero al menos se comerá los bichos de tu jardín –se defendió Andrés.

Carla puso su mejor voz de confidente.

–¿Me contarías un secreto, Andrés?

–Yo no tengo secretos –respondió él, previendo un ataque.

–Mejor así... ¿Cómo se te ocurrió este maravilloso regalo?

Andrés bajó la vista, y después de un suspiro, comenzó a contar la verdadera historia de su encuentro con la iguana.